

LIBROS

GEORGE STEINER

¿EL ÚLTIMO EUROPEO?

Steiner manifiesta en sus libros la voluntad deliberada, afirmativa, de ser un europeo y, por extensión, el miembro (el expositor, difusor y defensor) de una civilización.

DANUBIO TORRES FIERRO

George Steiner, *Tigres no espelho e outros textos da revista The New Yorker*. Trad.: Denise Bottmann. Biblioteca Azul, Editora Globo, 2015. / *La idea de europa*, Fondo de Cultura Económica, 2004. / *Los libros que nunca he escrito*. Fondo de Cultura Económica-Siruela, 2005. Trad.: María Cándor.

Algunos años atrás, en la ciudad de México, George Steiner dictó una serie de conferencias, entre ellas una en la sala del Palacio de Bellas Artes, colmada de un público atento y entusiasta. Steiner (menudo, con el brazo izquierdo lisiado, a medias sonriente) estaba hospedado en el hotel Camino Real, el edificio imaginado por el arquitecto Ricardo Legorreta. Una tarde, con un amigo común, salimos a caminar con Steiner por los alrededores. Ya en la calle, en una esquina próxima, él de repente se entreparó y

comentó: “Me siento como en mi casa”. La razón de ese reconocimiento inopinado era que había leído las placas con los nombres de las calles y descubierto que se llamaban Leibnitz, Shakespeare, Kepler, Hegel, Schiller. Esos apellidos, y lo que significaban e irradiaban, configuraban, en efecto, la casa matriz de Steiner, y verlos allí, en una zona de la ciudad de México, era encontrarse con un sentido de pertenencia y una patria compartida. Algo similar a dar un paseo por el Barrio Latino de París, con sus reverberaciones prestigiosas. “Existe –escribió Steiner en *La idea de Europa*– una relación esencial entre la humanidad europea y su paisaje”; y, para explicar la sentencia, añade que “las calles, las plazas recorridas a pie por los hombres, mujeres y niños europeos llevan, centenas de veces, nombres de estadistas, militares, poetas, artistas, compositores, científicos y filósofos”. De ahí, entonces, su sorpresa y admiración al toparse ahora con ese mismo paisaje.

La anécdota mexicana es reveladora. Steiner representa, hoy y todavía, en el mundo cultural, y con una trayectoria profesional que arranca en las décadas siguientes a la posguerra mundial, una de las figuras intelectuales con mayor autoridad y prestigio. Cancelado el ciclo de la influencia francesa en el universo de las ideas (de Claude Lévi-Strauss a Michel Foucault y de Roland Barthes a Jacques Derrida) y reducido el círculo de los literatos italianos (de Mario Praz a Claudio Magris y de Giorgio Agamben a Umberto Eco), Steiner asegura la continuidad de la tradición crítica anglosajona que, en el arco de la historia literaria contemporánea, abarca de Mathew Arnold y T. S. Eliot a Edmund Wilson y Lionel Trilling. Desde ese lugar privilegiado, ha sobrevivido a la moda y las novelerías, sin rendirse a las seducciones del oportunismo literario o a los reclamos del aquí y ahora de la coyuntura política y social. Se muestra, también, como algo más, que el episodio mexicano subraya: manifiesta, en sus ya tan numerosos libros, la voluntad deliberada, afirmativa, de ser un europeo y, por extensión, el miembro (el expositor, difusor y defensor) de una civilización.

• *La idea de Europa* es, en este sentido, explícita: “paisaje humanizado por pies y manos”, Europa “es el lugar donde el jardín de Goethe es

casi colindante con Buchenwald, donde la casa de Corneille es contigua a la plaza en la que Juana de Arco fue horriblemente ejecutada”; más, y con acento más dramático: “un europeo culto queda atrapado en la telaraña de un *in memoriam* a la vez luminoso y asfixiante”. A la vez con terror y con melancolía, la pregunta que aquí se impone es si, a la vista de lo que ha venido ocurriendo en tierras europeas en fechas recientísimas, esos rasgos diferenciadores se conservan todavía vigentes o, con menor apremio psicológico si así se quiere, ya están expuestos al olvido. ¿Será Steiner el último en traerlos a cuenta? ¿Tenía razón cuando, poco tiempo atrás, al hablar sobre los rumbos actuales de la educación, arguyó que “estamos matando los sueños de nuestros hijos”? *Passons...* Recordemos que, nacido en París, Steiner hizo carrera en los Estados Unidos y, después, regresó al viejo continente para allí residir hasta ahora, hasta sus ochenta largos años. Dicho lo anterior, es necesaria una aclaración: la definición que mejor cabe a Steiner es la de ser –acaso porque es un europeo militante– un cosmopolita –un transterritorial, o un extraterritorial, como lo apunta un libro suyo, precisamente titulado *Extraterritorial* en la versión española hecha por Barral Editores en 1972–. Políglota (su *Después de Babel* ensaya la historia de la traducción como actividad que excede a la mera dimensión de una geografía determinada o a la ambición de un imperio específico), su curiosidad intelectual es enorme y su eje articulador es doble; es, por su herencia cultural, un hombre de la civilización occidental y, por su ascendencia ancestral, un judío. Sus ciudades capitales son Atenas/Roma y Jerusalén. “Ser europeo –escribe– es tratar de negociar, moral, intelectual y existencialmente los ideales y las aseveraciones rivales, la praxis de la ciudad de Sócrates y de la de Isaías”. Es una pertenencia que, como se verá más adelante, reverbera en su universo de ideas.

- En *Los libros que nunca he escrito*, hay un ensayo, “Sión”, que aclara el vínculo entre lo latino y lo judío, entre el universalismo y la tribu. Erizada de prismas superpuestos y de contradicciones combinadas, esa ligazón es uno de los motivos recurrentes de Steiner. Él es consciente

de esta marca suya, la acepta y asume sus consecuencias. Celoso de su vida privada, a la que mantiene fuera del escrutinio público (hay una rara excepción en el ensayo “Los idiomas de Eros”, donde se relata un encuentro sexual, presumiblemente personal, que da pie a curiosas elucubraciones de carácter erótico motivadas por el empleo de las lenguas), muestra en cambio su voz y su firma en todo cuanto escribe, refrendando sin temblores sus pareceres. Así lo hace –importa mucho observarlo– negándose a someterse a las presiones de la liza política más inmediata o a aventurarse en opiniones lastradas por el calendario ideológico. Para él, existen “discrepancias intrínsecas entre la democracia y las excelencias de la vida intelectual” –y así lo afirma en un texto titulado “Petición de principios”, un modelo de argumentación cuidadosa y congruente sobre una cuestión tan vidriosa–.

En inglés, la palabra *scholar* designa a un erudito especializado. En francés, la expresión *homme de lettres* se refiere a quien abarca, en varias brazadas, distintas disciplinas que se organizan en torno a la actividad del espíritu. A una y otra categoría pertenece Steiner. A una y otra categoría ha enaltecido con su quehacer: dicho con otras palabras, es un modelo del rigor que debe aplicarse a lo que se conoce como literatura comparada. Que esta enumeración de singularidades no propicie una imagen parcial o equivocada de Steiner. No es un sabihondo ni un retórico. Es, sin duda, un integrante de lo que se conoce (¿habrá que escribir *se conocía*, en un momento como éste, en el que todo está puesto en cuarentena?) como la República de las Letras y, muy especialmente, un crítico de las ideas literarias y culturales que de forma deliberada, en una etapa de su desarrollo, decidió descender al llano. De ahí que primero, en los años cincuenta, integrara la redacción de *The Economist* y más tarde, entre 1967 y 1997, escribiera críticas y reseñas de manera continuada para *The New Yorker*. Ambas revistas comparten, más allá de sus diferencias, una característica común: se dirigen a un lector más o menos atento, de mirada curiosa, que es capaz de reconocer sobreentendidos, guiños y complicidades y con el que se comulga mediante un pacto reconocible. Entre los periodistas de *The Economist* (que es una referencia del mundo político con inclinaciones liberales) y entre los de

The New Yorker (que es la cartografía de una urbe cuya piedra de toque es el nervio global) actúa una aspiración similar: oxigenar mediante el análisis la circunstancia del presente, esclarecer la evolución y la dinámica de las ideas (y, claro, de la sensibilidad) que conforman un determinado clima histórico y social y escribir intentando ser, de modo fuerte, de su propio tiempo. Precisamente estos son los trazos que articulan y dominan a *Tigres no espelho e outros textos da revista The New Yorker* (cuyo título original es *Steiner at The New Yorker*) y que acaba de llegar al Brasil después de haber sido vertido al español por el Fondo de Cultura Económica de México. Es en estas páginas que asoma, en Steiner, una figura más de su *persona*, figura de la que el libro es una ilustración puntual: la del crítico que entrega las cartas que circulan entre un autor y sus lectores, que agita las aguas entre uno y otros y que acaba por convertirse en el Secretario de Actas de la República de las Letras. Es el retrato, entonces, de alguien que se quiere un intérprete y un intermediario. Y algo más, que contribuye a definir un papel a la vez peligrosamente ingrato y excitadamente estimulante: aparece la traza de un crítico que con demasiada frecuencia recibe las bofetadas por sus pareceres y la traza, a la vez, de un crítico que ejerce, desde sus tribunas, una abultada dosis de poder. En este sentido, vale la pena recordar un dato revelador. En *Joseph Anton*, las memorias (cínicas, en el sentido menos peyorativo de la palabra que pueda imaginarse) de Salman Rushdie, Steiner, a quien nunca gustaron las novelas del escritor sobre el que pesó una condena a muerte por una irascible sentencia iraní, es mencionado en dos ocasiones y en las dos es tratado con burlona condescendencia. El desencuentro era previsible: si Steiner representa la continuidad de una tradición rotunda, Rushdie representa una radicalidad relativista con acento posmoderno.

• *Tigres no espelho* reúne trabajos diversos publicados en *The New Yorker*. Los temas son variados (de los vigores regeneradores de la ciudad de Viena entre el final del siglo XIX y las primeras décadas del XX, por ejemplo, o los laberintos implacables del juego del ajedrez), los autores estudiados son aquellos que han marcado con decisión

una época (Alexander Solzhenitsin, Jorge Luis Borges, Walter Benjamin, Elías Canetti, George Orwell, Bertolt Brecht) y los nombres que aparecen son los que, de esta o aquella forma, han modificado la visión de las cosas o del mundo (Claude Lévi-Strauss, Bertrand Russell, Noam Chomsky, Samuel Beckett, Arthur Koestler, Philippe Ariès). Lo que surge de ese panorama cultural y de ese elenco de protagonistas es la cartografía intelectual –y, también, moral y espiritual– de un momento de la historia contemporánea. Allí se reconocen, de la mano de un narrador astuto para articular sus juicios y de una inteligencia que remite a la huella sensible que la sustenta, los síntomas de una experiencia (los datos que apuntan a una transformación), se ponen sobre la mesa las propuestas éticas y estéticas que gobiernan a determinados libros (las claves y las llaves que conducen a variaciones hasta entonces no explicitadas) y se ayuda a analizar y comprender un nuevo sistema para enfrentarse a lo existente (los signos y las señales que transmiten lo hasta entonces oculto o inédito). La mirada de Steiner es penetrante, profunda sí, tan vehemente en su despliegue racionalista como en sus intuiciones menos formuladas, y no hace concesiones en su empeño por descubrir el corazón de un pensamiento o una personalidad. Steiner sabe que las apariencias engañan y que los dobles o triples fondos están aquí y también más allá. El espía británico Anthony Blunt, que traicionó a su país desde los claustros prestigiosos de la Universidad de Cambridge, “es un doble agente para consigo mismo, un traidor a sí mismo”, y Simone Weil es vista como “la mujer filósofa de categoría superior con un sospechoso talento para la autoexpulsión”.

En la lectura de *Tigres no espelho* se llega a una altura en la que descubre que la literatura es, esencialmente, la construcción de una conciencia, y que leer implica, además de la traducción de un código, la tarea aún más estimulante de leerse a sí mismo puesta en práctica por el lector; a atizar ese doble quehacer se dedica Steiner. Es así, por estos caminos, que en gran parte de sus páginas se levanta la arquitectura, comprometida y envolvente a un tiempo, de una pedagogía y una didáctica. Por estas razones, sin duda, los lectores de

The New Yorker, esos modernos irremediables, mostraron, por mucho tiempo, su fidelidad a Steiner. Más: serpentea, en *Tigres no espelho*, una suerte de declaración de principios y hasta la exposición de un arte poética, en las que se valora una tradición cultural y un rigor creador pero también y sobre todo la búsqueda de una verdad y la vigencia de una responsabilidad entendidas como rasgos centrales del acto de conocer y entender en un siglo XX tan marcado, como lo estuvo, por la “lógica de la aniquilación”. No debe olvidarse, en este punto, que ese siglo fue el de la *trahison des clercs* y de las capitulaciones de los *maîtres à penser*, un asunto en el que Steiner (el Steiner, recuérdese, que nunca arriesga una opinión ideológica y que mantiene a sus ideas políticas en los márgenes) insiste con porfía.

George Steiner es dueño del ánimo y la decisión –de la garra, entonces– de un auténtico corredor de fondo. Desde sus primeros libros hasta el último, *The Poetry of Thought. From Hellenism to Celan* (2012) se manifiesta, ciertamente, una vocación pero también una voluntad. Ni una ni otra desfallecen. Vocación y voluntad están, sí, diríase que lastradas por el judaísmo. Ser judío es, para Steiner, construir y/o superar, a cada paso y en todas las encrucijadas, un filtro y/o una aduana. Diríase que no puede con *su* cuerpo, con el cuerpo *judío*, como física y metafísica: la complejidad y la iracundia de ese origen, la angustia y la fosforescencia que trasmite, la historia, los actos y las palabras que desde allí obligan, nunca abonan el equilibrio; son fuerzas que están en un vaivén en el que aceptación y negación continuamente suman y restan y continuamente son referencias fundadoras. No sorprende entonces que, a menudo, y de modo alternante, el discurso de Steiner se oscurezca y/o se ilumine en estos tránsitos transidos. Así, la arcana tradición profética judía encarnada de nueva cuenta en el marxismo decimonónico, o el hombre primitivo amazónico trazado por Lévi-Strauss como un poseído por la furia contra su propio recuerdo del Edén, o, por fin, el exterminio hitleriano de los judíos descrito por Albert Speer como una potencia maléfica que descubre, “de cierto

modo tenebroso”, en la mesiánica coherencia del pueblo judío, “la metáfora inaceptable de un pueblo elegido”, son asuntos todos que deben entenderse como otras tantas estaciones de un propósito y hasta una lógica (¿steineriana?) que procuran desenterrar los avatares de una judeidad peregrina.

Digamos, con todas las letras, que esa singularidad de Steiner es parte constitutiva de aquella su *persona* dramática avistada más arriba en este texto. Cabe recordar, en efecto, que en toda acción literaria un hombre se gana la amistad de los otros hombres mediante la pasión de sus prejuicios y la coercitiva estrechez de sus puntos de vista. Este es precisamente el caso de George Steiner según lo documentan con congruencia desasosegante para nosotros, sus lectores, los libros aquí revisados. 🐾

DANUBIO TORRES FIERRO ES ESCRITOR.